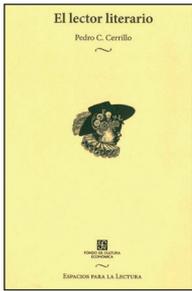


Reseñas • Reseñas • Reseñas • Reseñas

CERRILLO, PEDRO C.

El lector literario

Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2016



Son muchas las circunstancias que rodean la edición de un libro, circunstancias que en la mayoría de las ocasiones no conocemos los lectores del mismo, y que sin embargo aportan una información

que nos permite desentrañar su contenido de una manera más profunda. Ese paratexto oculto, al que solo se llega cuando la obra o el autor alcanzan una consideración tal que los ojos de críticos e investigadores centran en él su atención, otorga a ese meritorio trabajo un plus de interés, de gozo lector, de reconocimiento. No sería disparatado pensar que en ese nivel se encuentra *El lector literario*, una obra podemos decir “de madurez” de Pedro César Cerrillo Torremocha, catedrático de la Universidad de Castilla-La Mancha, y director del único centro universitario español de investigación en lectura y literatura infantil, el CEPLI. No en vano, el autor lleva investigando y publicando sobre los temas que recoge en el libro desde principios de los noventa del siglo pasado, toda una garantía de que lo que llega a nuestras manos es fruto de mucho tiempo de reflexión y trabajo. Él mismo lo afirmaba en el acto de presentación

del libro en la librería del Fondo de Cultura Económica de Madrid: “escribir un ensayo como este exige muchas horas de lectura, estudio, escritura y correcciones que, en mi caso, son una satisfacción derivada del convencimiento de que es lo que quiero hacer”.

Otro claro indicador garante de la calidad del mismo es la editorial que lo publica. Situada en los primeros puestos de los principales rankings e índices cualitativos internacionales, tan de actualidad científica en nuestros días, el Fondo de Cultura Económica está cercano a cumplir un siglo de existencia manteniendo un criterio editorial exigente y aumentando cada día su reconocimiento internacional, labor por la cual la editorial mexicana fue condecorada por el Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades. En su catálogo de más 10.000 obras, de las cuales unas 5000 siguen en circulación, podemos encontrar la firma de 65 premios Nobel, más de 30 premios Cervantes, otros tantos “Príncipe” y “Princesa de Asturias”, y más de un centenar de los mexicanos “Ciencias y Artes”. Daniel Cosío Villegas (su fundador en 1934, con el objetivo de publicar estudios de economía) tuvo la generosidad y solidaridad de acoger en su editorial a muchos intelectuales españoles exiliados durante la Guerra Civil Española, donde ejercieron diversas labores, sobre todo de traducción, pero también de tipografía o coordinando colecciones. A partir de 1939, el Fondo se transformó creándose colecciones nuevas (sociología, historia, filosofía, antropología)

y ofreciendo un catálogo de gran impacto y obligada referencia en muchas áreas de conocimiento, trayectoria que hoy mantiene de manera fiel su actual director general, el doctor José Carreño.

Entre estas colecciones se encuentra “Espacios para la Lectura”, creada para contribuir a la discusión sobre la formación de lectores y que alberga ensayos relacionados con la lectura. En ella han publicado autores de reconocido prestigio en este ámbito como Roger Chartier, Aídan Chambers, Michele Petit, M^a Teresa Andruetto o Emilia Ferreiro, además de la reciente incorporación que nos ocupa, la de Pedro Cerrillo.

Partiendo de la idea de que las personas se convierten en verdaderos lectores cuando son capaces de descifrar un texto escrito asociándolo a las experiencias y vivencias propias, el autor ofrece en diez capítulos distintas reflexiones sobre aspectos importantes en la formación del lector literario o que están relacionados con ese concepto de lector: la competencia literaria, la importancia de las primeras lecturas y de la literatura infantil y juvenil, la literatura popular y las lecturas escolares, los clásicos literarios y las prácticas escritoras, con espacio en los dos últimos capítulos para los que denomina nuevos lectores y para la reiterada expresión del *placer de leer*, algo que –según indica– solo es posible en los lectores literarios, en los buenos lectores que han recorrido previamente un camino lector difícil, individual, lleno de retos.

El libro *El lector literario* está lleno de aciertos y cualidades, que iremos exponiendo según vayamos avanzando en el análisis del mismo. Una de ellas es la de citar ejemplos de Literatura Infantil y Juvenil de todas las literaturas del mundo occidental, además de los cuentos de *Las mil y una*

noches. Ejemplos que aparecen desde el primer capítulo. Esta forma de incorporar ejemplos de la literatura universal, sean o no originalmente escritos en español, no es abandonada en todo su libro. No solo eso, Cerrillo podría haberse referido únicamente a autores españoles o de la América hispánica, pero su conocimiento de la LIJ universal es tan vasto y profundo que, además de a estos, cita por igual a Daniel Defoe, Mark Twain, Julio Verne, Hans Christian Andersen, J.D. Salinger o a la británica J. K. Rowling, a quien le reconoce el mérito de haber hecho leer a millones de niños y adolescentes de todo el mundo los siete volúmenes de su *Harry Potter*.

Otro de sus aciertos es compartir con el lector un recorrido por la historia de la LIJ actual, deteniéndose en hitos como el de *Pippi Langstrump* (1945), de la sueca Astrid Lindgren, cuyo nombre lleva ahora el premio que desde 2003 otorga anualmente el gobierno de Suecia a un autor de literatura infantil y juvenil, a un ilustrador o a un promotor de la lectura de cualquier país del mundo; *Pinocho* (1917) del español Salvador Bartolozzi, quien llegó a México en 1936, junto con el exilio español que tanto enriqueció a México en diversos ámbitos de la cultura, la educación y la ciencia; o *El libro salvaje* (2008) de Juan Villoro, quien despojado ya de la camisa de fuerza del didactismo y las cadenas de las moralejas, totalmente libre, escribe un libro de aventuras, ciencia ficción y gozosa imaginación.

La competencia literaria, en la que se centra el segundo capítulo, implica toda la actividad cognitiva de la lectura, mide el nivel de eficiencia del lector ante cualquier texto, y no es una capacidad innata del individuo, sino que se llega a adquirir con el aprendizaje, que puede ser dificultado por

las características propias del lenguaje literario. Al respecto, Sergio Pitol ha dicho en su celebrado *Arte de la fuga* (Anagrama, 1997) que jamás hay que confundir la redacción con la escritura literaria, ya que la redacción no tiende a intensificar la vida; la literatura –en cambio– tiene como finalidad esa tarea. La redacción difícilmente permitirá que la palabra posea más de un sentido; para la literatura, en cambio, la palabra es por naturaleza polisémica: dice y calla a la vez; revela y oculta.

El tercer capítulo está dedicado a “las primeras lecturas” y dice algo que todos sabemos: las primeras lecturas las reciben los niños en la voz de sus madres, hermanos o de cualquier adulto que se las lea o se las cuente. También en las canciones de cuna, en rimas, en juegos verbales como “aserrín, aserrán, los maderos de San Juan...” y otras retahílas. Ilustra el capítulo una selecta antología de nanas tradicionales fijadas por García Lorca, el propio Pedro Cerrillo, María Teresa Miaja y Mercedes Díaz Roig, estas dos últimas en su libro *Naranja dulce, limón partido* (Colegio de México, 2011).

El capítulo cuarto es posiblemente el corazón del libro. En él se habla de la importancia de la literatura infantil y juvenil en la formación del lector literario. En sus párrafos el autor desgrana la tesis de que los niños tienen la capacidad de desarrollar el gusto por el lenguaje literario, pero no todos llegan a la meta. Lo tendrán más fácil quienes desde muy pequeños tienen sus primeros encuentros con la literatura, para después llegar al contacto con cuentos leídos por sus padres antes de dormir, más tarde con las lecturas de los primeros años escolares y así hasta convertirse en *lectores literarios* ya autónomos. Eso sí, no es el único itinerario para desarrollar el hábito de la lectura

de textos literarios; hay muchos otros que cada adolescente o joven descubrirá por sí solo, como distintos son los modos de encontrar, por ejemplo, el amor. El amor en la poesía de Pedro Salinas no es atormentado ni sufrido, es una fuerza prodigiosa que da sentido a la vida. Y esto mismo es la lectura para un buen lector: lo que da sentido a su vida, y la literatura infantil un buen camino para alcanzarlo.

Los clásicos, su presencia en las aulas y el canon escolar son los temas que ocupan los dos capítulos siguientes. En ellos el autor realiza un acercamiento al concepto de canon y clásico y al eterno debate sobre qué deben leer los niños y jóvenes en la escuela. Cerrillo subraya tres estrategias para hacer más flexible su recomendable lectura: adaptaciones, lecturas fragmentadas y antologías. Clásicos o no, se trata, como bien señala el autor, de acercar al joven lector a obras que le produzcan placer, aunque en algún caso necesite de la ayuda de un mediador para desentrañarlas: “El canon escolar debería ser resultado de un amplio y detenido debate sobre cuáles son las obras literarias más apropiadas por su calidad literaria y significación histórica”, algo sobre lo que habría que debatir y reflexionar ampliamente, en tanto estas lecturas son las que “habrán de contribuir a la formación de la competencia literaria del alumno” (p. 119).

No abandonamos las aulas para tratar un tema que no siempre aparece cuando hablamos de lectura: la práctica de la escritura en la formación del lector. Para el autor, lectura y escritura son una extensión de mundos literarios que se corresponden, de ahí que sea indispensable insistir en la práctica de ambas. Para ello sugiere diversas estrategias y actividades con las que se puede apoyar a los niños en este proceso,

todas argumentadas y contrastadas en diferentes etapas educativas: la elección del tipo de texto a escribir; el esquema o planteamiento previo (ideas a expresar, orden de las mismas, lectores potenciales del texto); la escritura del texto; la supervisión y corrección (coherencia expresiva, ortografía y gramática); la edición del texto escrito (mural, boletín, panel, revista, libro de aula) de modo que pueda ser leído; la lectura de textos escritos por otros; y, a veces, también la reescritura. Es decir, “preescritura, escritura y reescritura” como parte de un proceso creativo y formativo que indiscutiblemente fomentará los hábitos de lectura.

En el capítulo dedicado a la literatura popular el autor reflexiona sobre la importancia que ha tenido la tradición oral en la formación de los niños, pues esta representa el primer eslabón de la cadena de sus hábitos de lectura. Los cuentos, fábulas, historias y las nanas, corros, rondas, formulas de sorteo, han poblado el mundo infantil desde antaño y si bien antes se transmitían en forma oral muchas de ellas entraron a formar parte de la literatura, en colecciones como las de Perrault, los Grimm, Andersen, Fernán Caballero, Afanásiev, Aurelio M. Espinosa, Pascuala Corona o Rodríguez Almodóvar, o en Cancioneros infantiles, con lo que se ha perdido parte del encanto y riqueza de la recreación en distintas versiones y sus variantes, tan propias de la creación oral. Sin embargo, el hecho de tenerlas consignadas permite que los niños las sigan aprendiendo en la escuela, algo que se debe fomentar y alentar, en tanto contribuye a la integración social de los pequeños. De ahí que el autor afirme que el reaprendizaje de la literatura popular puede ayudarles a entender mejor otros lenguajes y a desarrollar las cuatro destrezas básicas

de la lengua: comprensión y expresión orales y escritas, además del sentido estético y la memoria. Razones por las que la literatura popular resulta un elemento básico en la formación inicial del “lector literario”.

Después de sus reflexiones sobre la literatura popular el autor nos lleva, en el penúltimo capítulo de la obra, a las nuevas formas de leer, reflexionando sobre un nuevo tipo de lector, consumidor de las nuevas tecnologías, enganchado a la red, que lee en ella (información, divulgación y juegos) y se comunica con otros (en chats, WhatsApp o redes sociales), que no siempre es lector de libros, sino solo digital (de tabletas, computadoras, móviles), cuyo lenguaje es sintético (blogs, redes, webs), de lectura rápida. Un lector que corre el riesgo de carecer de concentración y de las destrezas necesarias para el análisis y el juicio crítico, un lector “neoanalfabeto”, que muchas veces privilegia la información sobre el conocimiento.

El último capítulo del libro está dedicado al placer de la lectura, que el autor define como un “descubrimiento personal”, que llega en determinado momento de la vida, cuando se ha recorrido un itinerario lector en el tiempo. Se es lector competente primero y luego se llega a ser “lector literario”, aquel que se plantea preguntas, cuestiona lo establecido con juicio propio, se identifica con una emoción o un problema. La literatura, como bien señala Pedro Cerrillo, “hay que vivirla, sentirla, palparla con el entendimiento y con la pasión” (p. 200).

El aprendizaje lector se limita en demasiadas ocasiones a la adquisición de esos mecanismos que conducen al dominio mecánico del código escrito. La enseñanza de la lectura debiera ser la enseñanza de la lectura comprensiva, de modo que, tras ese

aprendizaje, el lector pudiera desarrollar su competencia lectora. Las personas necesitamos saber descifrar el código por medio del que se nos transmiten instrucciones y mensaje de variado tipo, pero –como dice Alberto Manguel en *101 aventuras de la lectura* (IBBY, 2007: 11)– “leer [...] es el arte de dar vida a la página, de establecer con un texto una relación amorosa en la cual experiencia íntima y palabra ajena, vocabulario propio y experiencia de otro, convergen y se entremezclan”.

Esa es la esencia del *lector literario*, de ese lector que da título a este libro. Un lector competente que, cuando elige un libro, no se deja llevar por la publicidad o la información no contrastada, un lector que lee habitualmente, que tiene sus propios gustos y opiniones, que comparte sus experiencias lectoras con otras personas (comenta, sugiere, reflexiona), sabiendo que todos los libros no les gustan a todos los lectores. El *lector literario* puede abandonar la lectura de un libro, aunque ya la haya iniciado, porque, sencillamente, no le gusta, sabiendo que eso no es un desdoro sino un derecho.

César Sánchez Ortiz

CEPLI. Universidad de Castilla-La Mancha

María Teresa Miaja de la Peña

Universidad Nacional Autónoma de México

Luz Fernández de Alba

Universidad Nacional Autónoma de México